

Cuando á Louveau le parecía que se hacía demasiado por Víctor, la contestaba invariablemente:

—No haberle traído.

Desde que tuvo siete años le envió á la escuela con Clara.



Víctor era quien llevaba siempre la cesta de las provisiones y los libros de estudio.

Luchaba valientemente para defender la merienda del apetito poco escrupuloso de los chiquillos de Morvan.

No tenía menos valor para el trabajo que para las peleas.

Aunque sólo iba á la escuela durante el invierno, cuando no navegaban, sabía



más, á su vuelta, que los pequeños aldeanos, pesados y ruidosos como sus zuecos,

los cuales bostezaban durante doce meses seguidos sobre la Cartilla.

Víctor y Clara volvían de la escuela por el bosque.



Los dos niños se divertían mirando á los leñadores cortar árboles del bosque.

Como Víctor era ligero y diestro, trepaba á la cima de los abetos para atar la cuerda que sirve para derribarlos.

Parecía más pequeño á medida que se elevaba; y cuando llegaba á lo alto, Clara tenía mucho miedo.

Él, valiente, se balanceaba con toda intención para impacientarla.



Otras veces iban á visitar al Sr. Maugendre á su taller de carpintería.

El carpintero era un hombre flaco y seco como una duela.

Vivía solo, lejos de la aldea, en pleno bosque.

No se le conocían amigos.
 La curiosidad aldeana había estado mucho tiempo preocupada por la soledad y el silencio de este desconocido, que había llegado del fondo de la Nièvre á



establecer una carpintería tan apartada de las otras.

Hacía seis años que trabajaba sin descanso todos los días, sin holgar nunca, como un jornalero pobre, aun cuando pasaba por tener un buen "gato encerra-

do," y hacer buenos negocios; de vez en cuando iba á consultar al notario de Corbigny sobre la imposición de sus economías.

En cierta ocasión dijo al Sr. Cura que era viudo.



No se supo más.

Cuando Maugendre veía llegar á los niños, paraba su sierra y dejaba el trabajo para conversar con ellos.

Había tomado cariño á Víctor.

Le enseñaba á hacer barquichuelos con pedazos de madera.

Una vez le dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Tú me recuerdas un niño que he perdido.

Y como si hubiese temido haber hablado mucho, añadió:

—¡Oh! De eso hace ya mucho tiempo, muchísimo tiempo.

Otro día le dijo al padre Louveau:

—“Cuando no quieras tener á Víctor, dámele á mí.

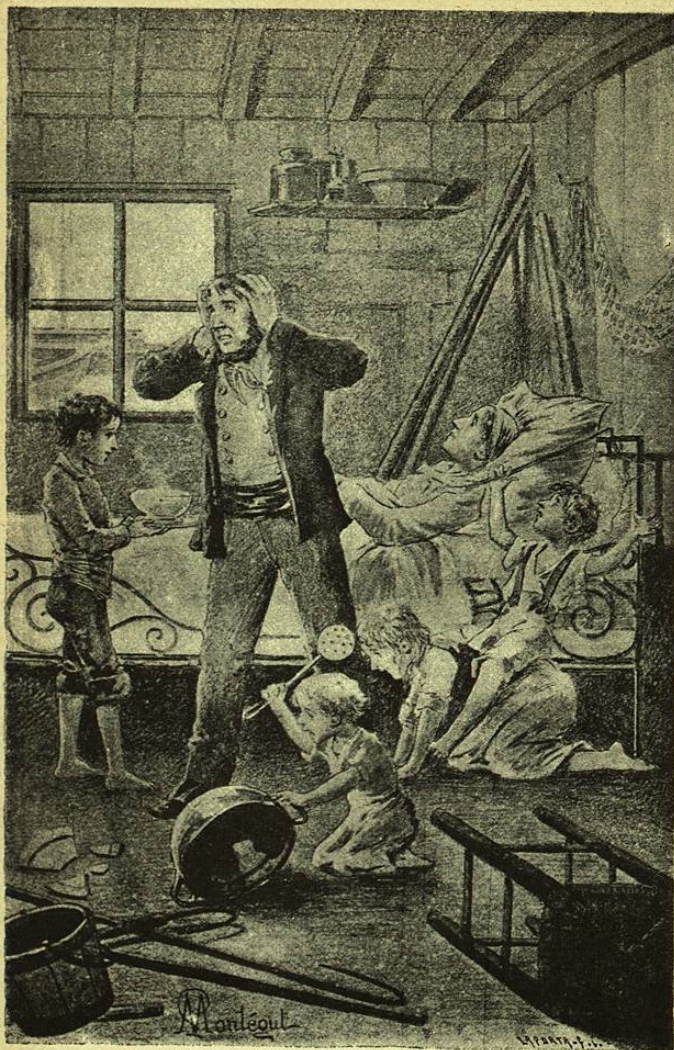
“No tengo herederos, haré por él toda clase de sacrificios; le enviaré al pueblo, á un colegio, luego sufrirá sus exámenes y entrará en la Escuela de Montes.”

Pero Francisco estaba todavía bajo la entusiasta influencia de su benéfica acción, y rehusó.

Maugendre esperó pacientemente á que el acrecentamiento progresivo de la familia Louveau, ó algún apuro de dinero, hiciera al marinero desistir de su adopción.

La casualidad pareció haber oído sus deseos.

En efecto, cualquiera hubiese creído que la desgracia se había embarcado en *La Bella-Nivernesa* al mismo tiempo que Víctor.



Desde aquel instante todo fué al revés.
La madera se vendía mal.

Tripulación se rompía siempre algún
hueso en vísperas de entregar el carga-
mento.

En fin, un día—¡día infortunado!—en
el momento de marchar á París, la ma-
dre Louveau cayó enferma.

En medio de la gritería de los chicos,
Francisco acabó de perder la cabeza.

Confundía la sopa con las tisanas.

Impacientaba tanto á la enferma con
sus torpezas, que renunció á cuidarla, y
se la encargó á Víctor.

Por vez primera en su vida hizo él
mismo la compra de la madera.

En vano arrollaba á los árboles sus
cuerdas y tomaba treinta y seis veces
seguidas la misma medida.

Siempre se equivocó en el cálculo...
¡ya sabéis! aquel famoso cálculo:

—Yo multiplico, multiplico...

Él la erraba siempre; era la madre
Louveau quien entendía de esas cosas.

Hizo todos sus pedidos y encargos al
revés; emprendió el viaje de regreso á
París, lleno de inquietudes y, á su arribo,

tuvo la desgracia de tropezar con un comprador sin conciencia que se aprovechó de las circunstancias para robarle. Volvió al barco con el corazón oprimido, se sentó al pie del lecho, y dijo con voz desolada:

—Pobre mujercita mía, haz por curarte pronto, ó estamos perdidos.

La madre Louveau se repuso lentamente; combatió contra la mala suerte é hizo los imposibles para alcanzarse una oreja, tirándose de la otra.

Si hubieran tenido con qué comprar un barco nuevo, aún habrían podido levantar su comercio; pero las economías se habían agotado durante los días de la enfermedad, y todas las ganancias iban á parar á los agujeros de *La Bella Nivernesa*, que ya no podía resistir más.

Víctor vino á ser una carga pesada para ellos.

Ya no era aquel niño de cuatro años que se le vestía con una blusa de desecho y se mantenía, como quien dice, del aire.

Ahora contaba doce años; comía como un hombre, y, á pesar de eso, estaba fla-

cuchó, no tenía más que nervios, y era imposible hacerle manejar el bichero cuando á Tripulación se le rompía alguna cosa.

Todo iba de mal en peor.

Hábíales costado mucho trabajo, en el



último viaje, remontar el Sena hasta Clamecy.

La Bella Nivernesa hacía agua por todas partes; los enlaces no bastaban; era preciso carenar el casco, ó, mejor aún, poner la barca en venta y reemplazarla.

La noche de un martes, víspera de aparejar para París, y cuando Louveau, muy preocupado, se despedía de Maudgendre, después de haber arreglado la

cuenta de la madera, el carpintero le invitó á beber una botella en su casa.

—Tengo que hablarte, Francisco, le dijo.

Entraron en la habitación.

Maugendre llenó dos vasos, y se sentaron á la mesa el uno frente del otro.

—“Yo no he estado siempre solo como ahora me ves, Louveau.

„Recuerdo un tiempo en el cual yo tenía cuanto es necesario para ser dichoso: un pequeño capital y una mujer que me quería.

„Ya todo lo he perdido.

„Por mi culpa.”

El carpintero se interrumpió; la confesión que tenía en la garganta le estrangulaba.

—Yo no he sido un hombre perverso; Francisco.

“Pero he tenido un vicio.”

—¿Tú?

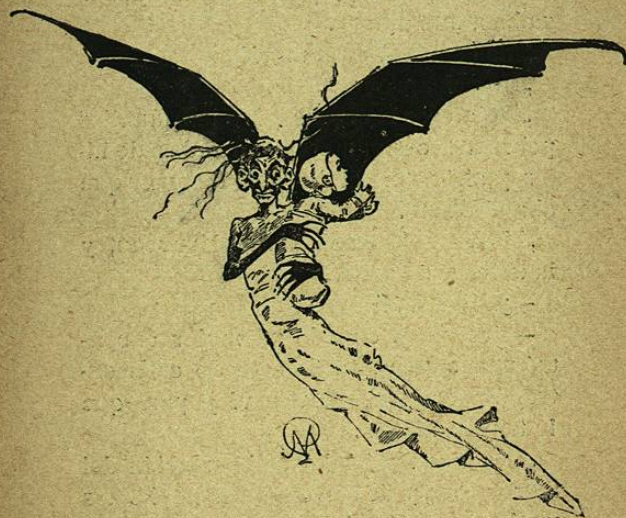
—Le tengo todavía. Me gusta guardar dinero; tener «gato,» como dicen las gentes.

“Esa es la causa de todas mis desgracias.”

—¿Cómo puede ser eso, mi buen Maugendre?

—“Te lo voy á decir.

„Así que me hube casado, cuando tuvi-



mos nuestro primer hijo, se me ocurrió la idea de enviar á mi mujer á París con objeto de que buscase una buena colocación de nodriza.

„Eso da mucho dinero cuando el mari-

do es hombre ordenado y sabe atender á la casa por sí mismo.

„Mi mujer no quería separarse de su rapazuelo, y me decía:

—“Pero, hombre, nosotros ganamos ya bastante dinero.

„Mas sería dinero maldito.

„No nos aprovecharía.

„Deja esos recursos para las familias pobres, excesivamente cargadas de hijos, y ahórrame el disgusto de tener que abandonarte.

„Yo no quise escucharla, Louveau, y la obligué á partir.”

—¿Y después?

—“Después, cuando mi mujer encontró una colocación de ama de cría, entregó nuestro hijo á una vieja para que le trajera al país.

„Les acompañó hasta la estación del ferrocarril, y desde entonces no hemos vuelto á saber palabra de ellos.”

—¿Y tu mujer, Maugendre?

—Cuando supo lo ocurrido, se le retiró la leche, y á poco murió.

Los dos enmudecieron apenados; Louveau, conmovido por lo que acababa de

oir, y Maugendre, abrumado por sus recuerdos.

Después de una larga pausa, el primero que habló fué el carpintero.

—“Para castigarme, me condené á la existencia que llevo.

„He vivido doce años lejos de todos.

„No puedo más.

„Tengo miedo de morir solo.

„Si tienes compasión de mí, dame á Víctor, para que él reemplace al hijo que he perdido.”

Louveau estaba perplejo.

Víctor le costaba mucho.

Pero si se deshacía de él en el momento que le podía ser útil, todos los sacrificios que se habían impuesto para sacarle adelante, resultaban perdidos.

Maugendre adivinó su pensamiento.

—“Francisco, se me ha olvidado decirte que, si me le das, te indemnizaré tus gastos.

„Esto sería buen negocio para el chico.

„No puedo ver nunca pasar ingenieros por el bosque, sin decirme:

„Yo puedo hacer de Víctor un señor como esos señores.”

„El muchacho es laborioso, y me agrada.

„Bien sabes tú, Francisco, que le trataré como habría tratado á mi hijo.

“Veamos, ¿qué dices?„



Aquella noche, mientras los niños dormían en el camarote de *La Bella-Nivernesa*, el matrimonio habló largamente.

“La mujer de seso„ trató de razonar.

—“Mira, Francisco, hemos hecho por ese niño todo lo que buenamente hemos podido.

„¡Dios sabe que desearía conservarle á nuestro lado!

„Pero ya que se presenta una ocasión

de separarnos de él sin hacerle desgraciado, es preciso tener valor.„

Y, á su pesar, sus ojos se volvieron hacia el lecho donde Víctor y Milín dormían un sueño de niños, tranquilo y confiado.

—¡Pobre pequeño! dijo Francisco con voz dulce.

A sus oídos llegaba el sordo rumor de la corriente del río, que golpeaba los costados del barco y, de tiempo en tiempo, sonaba el silbido del ferrocarril rasgando el silencio de la noche.

De pronto la madre Louveau rompió en sollozos:

— ¡Dios tenga piedad de nosotros! ¡Francisco, me quedo con él! ¡Me sería muy doloroso separarme de Víctor!

